

Los «sitios» de Madrid en el siglo XIX

JOSÉ CEPEDA ADÁN

LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

De siempre Madrid ha tenido mala prensa y ha sido frecuentemente motejado, entre otras lindezas, de frívolo, despreocupado, superficial y alegre. Tan sólo su gesta del 2 de mayo de 1808 le alivia un poco de este juicio peyorativo, aunque para muchos constituye una honrosa excepción en su larga historia de capital de la nación. Existe un antimadrileñismo permanente desde los mismos días de 1561 en que su majestad don Felipe II decidió instalar aquí su Corte, muy al contrario de lo que ocurre en Francia, donde todo ciudadano de cualquier departamento admira, reconoce y se entusiasma con París, al que considera expresión acabada de la cultura francesa. La historia de Madrid, en cambio, para sus detractores, será una historia sin historia, hecha de entradas solemnes, fiestas, carnavales y bullicio.

Esto es así, en parte, por la misma manera de ser del madrileño, que conforma su vida a un estilo sencillo, campechano, enemigo de engolamientos y prosopopeyas, que deshace con un guiño o una frase cualquier gesto o actitud sobresaliente. Que no da importancia a sus cosas y, sobre todo, que «no sabe contallas». Podría hablarse del *antiheroísmo* de un pueblo valiente que viene testimoniándolo desde las jornadas de mayo de 1808 hasta las penalidades del largo cerco de la Guerra Civil de 1936 a 1939. Pero siempre a su manera, dejando que sean otros quienes lo cuenten. Mas si nos detenemos un poco a considerar la agitada historia de nuestros siglos XIX y XX comprobaremos que ninguna otra ciudad española sufrió más sitios y acosos que Madrid, por supuesto, de más o menos importancia, duración y

trascendencia, pero todos ellos indudables coyunturas decisivas en la vida política nacional.

MADRID, OBJETIVO DE TODAS LAS REVOLUCIONES

La causa de la repetición de esta *batalla por Madrid* se debe a su función de capital de la Nación. En efecto, desde el siglo XVII, en que cada Estado europeo ha asentado su Corte y su burocracia en una ciudad concreta, cabeza y centro de las decisiones, cualquier intento de intervenir, modificar, cambiar o remover la marcha de la política tendrá que pasar por fuerza por la conquista de la capital, única manera de hacerse con los resortes de ese poder sobre el que se quiere actuar. Quien tiene la capital, tiene el Estado; de aquí que toda la historia interna de España desde el siglo barroco hasta nuestros días sea una marcha geográfica hacia Madrid con la intención de instalar aquí un nuevo poder. Y esto empieza en 1669, con don Juan José de Austria, quien alentado por los homenajes recibidos en Barcelona y descontento con la gestión de los gobernantes de su hermano Carlos II, se decide a intervenir activamente contra la Regente doña Mariana de Austria. «Ahora, desde Cataluña, seguro —comenta Ferrán Soldevila— podía atreverse a atemorizar a Madrid»¹. Sale de Barcelona con trescientos caballeros y en el trayecto va aumentando sus efectivos hasta llegar a Torrejón de Ardoz —repárese en este nombre tan ligado a los sitios de Madrid—, el 24 de febrero, con más de seiscientos hombres para pronunciar en este lugar la primera frase conminatoria del primer pronunciamiento español: «Si el lunes no sale el confesor [padre Nithard] por la puerta, el martes entraré yo, acompañado de mi gente, y lo haré salir por la ventana.» Pronunciamiento que, por cierto, acabaría triunfando con la salida de Madrid del confesor jesuita.

Luego, en las primeras décadas del siglo XVIII, de nuevo Madrid sería el eje de la Guerra de Sucesión a la corona de España. El 24 de agosto de 1702, al tocar en Cádiz el Príncipe de Darmstadt, al servicio del Archiduque Carlos de Austria, exclamaría a manera de un plan de campaña: «Juré entrar por Cataluña a Madrid; ahora pasaré por Madrid a Cataluña»². La conquista, retención o pérdida de Madrid marca la línea de ascendencia o caída de Felipe de Borbón o Carlos de Austria. En esta guerra civil española del siglo XVIII, nuestra ciudad es el determinante del triunfo y por ello toda la estrategia y movimientos de la contienda tienen como objetivo su conquista. En 1706,

¹ SOLDEVILA, Ferrán: *Historia de España*, Barcelona, 1956, t. IV, p. 357.

² MARQUÉS DE SAN FELIPE: *Comentario de la Guerra de España e historia de su rey Felipe V, el Animoso*. Edición y estudio preliminar de D. Carlos Seco Serrano. Madrid, 1957, B. A. E., t. I, p. 45.

al abandonar Felipe la ciudad ante la llegada de su rival, «pocos se quedaron en Madrid (...) y (...) apenas salió el Rey de Madrid para Sopetrán, cuando los grandes internamente desafectos al Rey escribieron al marqués de las Minas que se apoderase de la corte, porque prestando ésta la obediencia, seguiría su ejemplo el reino entero»³. Detengámonos un instante en estas palabras con que remata el texto el comentarista que nos ratifican en el papel decisivo, estratégico y político que jugó ya nuestra ciudad, y conste que aún no había surgido el centralismo.

Si venimos a lo nuestro, a la época contemporánea, la obsesión por el dominio de Madrid es una constante de nuestra historia, de Napoleón a Tejero-Milans del Bosch, desde 1808 a 1981. Todos los programas y todas las intentonas hubieron de contar con el problema de Madrid, por lo cual la geografía de los pronunciamientos consiste siempre en una marcha desde la periferia a la capital. Unas veces este despliegue de fuerzas vendrá por el norte y levante —Napoleón, 1808 (Somosierra-Chamartín); don Carlos, 1837 (Abroñigal, Vallecas); Narváez, 1843 (Torrejón); O'Donnell, 1854 (Vicálvaro)—, otras, ya vencedoras en Andalucía, se acercarán por el sur —Riego, 1820; Serrano-Prim, 1868—, y algunas, ya en nuestros días, lo harán por el norte y por el sur —1936, Mola y Franco—. En muchas de estas ocasiones, la partida ya estaba decidida y únicamente quedaba a los madrileños el aceptar los hechos de mejor o peor talante; en otras, en cambio, la sorpresa de los sitiadores fue grande al encontrarse con una resistencia ciudadana que no esperaban de la ciudad alegre y confiada.

«NAPOLEÓN EN CHAMARTÍN»

Así tituló Galdós el episodio del primer sitio de Madrid en el siglo XIX, con el que se abre esta crónica. El sobrecogido pueblo madrileño del 2 y 3 de mayo vio levantarse las nubes de su martirio el primero de agosto, cuando el rey José abandona la capital tras la derrota de Dupont en Bailén. Una alegría incontenible se apodera de las calles. Alcalá Galiano nos pinta así el ambiente: «Toda la población de Madrid estaba despierta y en las calles, desde muy temprano, la oleada de gente se marchó hasta los jardines del Buen Retiro, convertido por los vencedores en una fortaleza y que ahora aparecía abandonado»⁴. Cortesanos y funcionarios afrancesados huyen con el convoy y entre ellos figuran cinco ministros del monarca intruso. «Madrid

³ *Ibidem*, p. 115.

⁴ ALCALÁ GALIANO, Antonio: *Memorias*. Publicadas por su hijo. Madrid, 1886, 2 vols., vol. I, pp. 186-187.

estaba saboreando el gusto de su victoria»⁵. Las regiones libres de franceses envían refuerzos a la capital. El 13 de agosto llegan ocho mil valencianos y murcianos que, mezclados entre la multitud, entusiasmada, asisten el 23 de agosto a la entrada en la ciudad de Castaños y los vencedores de Bailén. Como la ocasión no era para menos, se organizan procesiones, corridas de toros, iluminaciones, bailes públicos en los que lucen las mantillas y los sombreros adornados con «un rosetón rojo, mostrando el retrato de Fernando VII»⁶.

Sin embargo, estas alegrías no ocultan el peligro real que se avecinaba, por lo que se toman algunas medidas urgentes, entre ellas la creación de un Consejo de Guerra presidido por el Duque del Infantado que ordena la leva de todos los hombres útiles, la confiscación de bienes y las aportaciones voluntarias para hacer frente a las necesidades de la guerra. Mientras tanto, el levantamiento nacional ha dado lugar, después de no pocas dificultades, a la formación de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, que viene a llenar el vacío de poder surgido a consecuencia de la marcha de Fernando VII a Francia. Por cierto, que al tratarse del lugar en que habría de reunirse, «Sevilla se opuso violentamente a que fuera Madrid la sede de la Junta Suprema»⁷. Esta circunstancia de querer quitar a Madrid su rango de sede del gobierno se repetirá después en otros momentos de la historia contemporánea. La moral de los madrileños era altísima y la población esperaba anhelante noticias de victorias que su deseo convertía en necesidad; «el fervor patriótico se hallaba a un nivel que nunca se superaría en los años de la contienda»⁸. Todo el mundo discutía de la guerra, costumbre, en verdad, muy madrileña que ha embotronado las mesas de los cafés, ganando o perdiendo batallas dibujadas antes y después de todas las contiendas españolas. Para encender el ánimo de los madrileños se multiplican los folletos y el 15 de septiembre aparece el *Semanario Patriótico*, dirigido por Quintana, que saldría todos los jueves con abundancia de caricaturas del rey José, el «rey de copas», como se le llamaba popularmente. En plena euforia se llega a escribir una comedia, *Napoleón rabiando*, firmada por Timoteo de Paz y del Rey, que podía ser representada en casa.

Muy lejos estaban las cosas de ser como las imaginaban los madrileños, pues Napoleón se preparaba a intervenir personalmente en la Península para terminar lo que sus ineptos generales habían empezado mal. El 25 de octubre dirige a la Asamblea Legislativa fran-

⁵ LOVETT, Gabriel H.: *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España Contemporánea*, Barcelona, 1975, p. 266.

⁶ MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Memorias de un setentón*, Madrid, 1880, pp. 51-55.

⁷ LOVETT: *Op. cit.*, p. 269, nota 21.

⁸ *Ibidem*, p. 276.

cesa una proclama en la que dice, «dentro de unos días me voy a poner a la cabeza de mi ejército y, con la ayuda de Dios, a coronar al rey de España *en Madrid* y a colocar mis enseñas en las fortalezas de Lisboa»⁹. A primeros de noviembre cruza el Bidasoa de muy mal talante. «Esa malhada guerra de España», diría luego en Santa Elena como el eco de aquellos días de 1808. Con un ejército de 250.000 hombres y los mejores generales del Imperio va derrotando fulminantemente a los que se le oponen a derecha e izquierda y su marcha hacia el sur se convierte en una ejecución militar donde se deja libre la venganza de los soldados franceses contra los patriotas españoles. Así se presenta ante la Sierra de Guadarrama, el último obstáculo que se le opone para la conquista de la capital. El 30 de noviembre derrota al general Benito San Juan que con 12.000 soldados pretendía cortar el paso. «Sólo teníamos que marchar a Madrid para completar la sujeción de España y organizar el país a la manera francesa», escribía un soldado suizo de su ejército¹⁰ a la manera de glosa anticipada y entusiasta del triunfo inmediato.

Cuando llegan a Madrid las noticias de estos desafortunados hechos el ánimo no decae y las gentes se aprestan a la defensa. Si Zaragoza había sido capaz de resistir, ¿por qué no había de hacerlo Madrid? La ciudad sigue gobernada por la Junta que preside Infantado y que encarga la defensa al general don Tomás de Morla, preparándose todos para la resistencia a toda costa. Un testigo excepcional, don José García León y Castillo, nos describe el ambiente de aquellos días con sus fuertes contrastes de entusiasmo en el pueblo y temor, desorden e improvisación en los mandos. «(...) la gente de los pueblos que marchaban hacia Madrid llamada por el Consejo en un estado de exaltación peligrosísimo al que huía, que en los mismos pueblos se graduaba de traidor a todo el que se marchaba (...). La capital presentaba un espectáculo grandioso; de ambos sexos corrían a trabajar con sus manos y con sus instrumentos de desempedrar las calles, cavar, sacar tierra, llevar piedra y ayudar a las obras. Fui a la Junta que la Central dejó encargada de la defensa de Madrid; pero allí no hallé sino desorden, sospechas y la lucha oculta de intereses encontrados; el terror disimulado era su principal sentimiento. Entonces trabajé en la puerta de Fuencarral y en la batería de lo alto de la calle de Alcalá, como pudiera hacer un jornalero y como hicieron muchos hombres honrados y sus señoras; pero como no hicieron sino muy pocos de los distinguidos por el Gobierno (...). Sé de alguno que vivió en un sótano muchos días oculto hasta a sus más íntimos amigos (...) era increíble la docilidad y celo de la población en estos días gloriosos; a la simple

⁹ *Ibidem*, p. 279. Subrayado mío.

¹⁰ *Ibidem*, p. 282.

voz de cualquiera se arrojaban por los balcones cuantos utensilios de hierro y cobre había en las casas y todo objeto de lana o algodón; aquéllos para metralla y éstos para tacos. Se cubrían de colchones los balcones para recibir los ataques dentro de la ciudad. Se tapaban las bocacalles con mesas, cómodas ricas y muebles de toda especie, etc.; de nadie se desconfiaba; todas las casas estaban abiertas; todo el mundo, hasta las mujeres en los balcones, preguntando con ansia el estado de la lucha. ¡Oh, patria mía, digna siempre de mejor Gobierno! »¹¹. Así era, en efecto. Las paredes de las casas estaban defendidas con arpilleras y las ventanas con almohadas y colchones y se habían abierto fosos en las calles de Alcalá, San Jerónimo y Atocha. Los ciudadanos que se habían sumado a los tres o cuatro mil soldados de la guarnición reclamaban violentamente las armas que al fin les fueron entregadas. Pero, por encima de este entusiasmo popular, faltaba el orden, la seguridad y la confianza en el triunfo de los jefes que debían dirigir aquella riada humana. Para los oficiales, la marcha incontenible de Napoleón y sus soldados desde la frontera hasta las puertas de Madrid era demasiado fulminante como para intentar cualquier resistencia. Insensiblemente, pues, entre el 1 y el 3 de diciembre se fue pasando del entusiasmo y la esperanza a la desilusión y al desánimo.

Los testimonios de aquellos tres días son abundantes. Mesonero Romanos, con cierta causticidad, nos dice: «La situación del Gobierno, o más bien de las autoridades de Madrid (porque la Junta Central había abandonado a Aranjuez precipitadamente), ante tan formidable apresto de tormenta próxima a descargar, y también ante la insensata temeridad del pueblo, que sin conocer ni medir toda la extensión del peligro que se le echaba encima, resolvía denodadamente acometer una imposible resistencia; la situación, repito, de las autoridades de Madrid era lo más comprometida y fatal. De un lado las intimidaciones perentorias del Emperador, que les ordenaba la rendición; por otro, las vociferaciones y febril entusiasmo de la muchedumbre; la absoluta escasez de fuerzas propiamente militares, que no llegaban a 400 hombres; la presión de las masas del paisanaje, que acusándoles de traición y cobardía, les pedían armas y municiones que carecían por completo, y la decisión y arrojo suficiente para defender un pueblo abierto, extenso y absolutamente virgen en esta clase de conflictos»¹². Galdós va graduando la desesperación del pueblo hasta el choque final con las autoridades que acaba en tragedia¹³. «Pero el día 1 de diciembre comenzaron a circular desde muy temprano rumores gra-

¹¹ GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, José: *Memorias*. Edición, prólogo, apéndices y notas de Alvaro Alonso Castillo. Madrid, 1953, vol. II, pp. 115-116.

¹² *Memorias de un setentón*, p. 68.

¹³ *Napoleón en Chamartín*. Episodios Nacionales. Primera serie. Madrid, 1924, pp. 153-154, 156, 159, 163-164-165-166.

vísimos acerca de la derrota del general San Juan en Somosierra. Echóse todo el mundo a la calle en averiguación de lo ocurrido, y corriendo de boca en boca las nuevas, exageradas por la ignorancia o la mala fe, bien pronto llegó a decirse que los franceses estaban en Alcobendas, y hasta alguno aseguró haberlos visto paseándose en el Campo de Guardias. Desde el famoso 2 de mayo no había visto a Madrid tan agitado; corrían hombres y mujeres por las calles, y entonces era el lamentar la ciega confianza, el echar de menos la actividad y previsión propias de un pueblo realmente decidido a defenderse.» Uno de los personajes, Santorcaz, exclama airado: «No hablo de la Central (...) Hablo de la Juntilla que se ha formado aquí para la defensa de Madrid, y que está en permanencia en la casa de Correos. ¡Aquí hay muchos traidores —añadió en alta voz—, y algunos han cogido dinero para entregar la plaza a los franceses! ¡Canallas de traidores! Ahora salimos con que se han acabado las armas y los cartuchos. ¡Mentira! Yo sé dónde hay armas y cartuchos. ¡Nos están engañando, nos van a vender! (...) Miramos al balcón de la casa de Correos, y vimos que en él aparecía un hombre alto, moreno, hosco, vestido de uniforme; le vimos accionar hablando a la multitud; pero no pudimos oír sus palabras, porque la femenil chillería de abajo habría impedido oír tiros de cañón, que no digo humanas voces. Después aquel militar, el cual no era otro que don Tomás de Morla, encogíase de hombros y cruzaba los brazos. Este lenguaje le entendimos mejor, y evidentemente quería decir: «No hay nada de lo que me pedís; se acabaron las armas y los cartuchos» (...) Entonces la Zaina, abriéndose paso, presentóse en el centro del corrillo formado en torno a la Primorosa (...) En el momento de presentarse, traía un cartucho entre los dedos, y lo mordía, y derramaba en la palma de la mano lo que debía ser pólvora y resultaba ser arena. «Los cartuchos están llenos de arena» —gritó la muchacha, mostrando a todos aquel objeto. Y al mismo tiempo los hombres allí presentes sacaban de sus sacos otros cartuchos, los mordían y, en efecto, en todos o en casi todos aparecía arena (...) ¡De arena! ¡Cartuchos de arena! Esta funesta frase corrió por todo Madrid más rápidamente que si la llevara la electricidad. En muchas partes, que no en todas, pudo confirmarse la verdad de la afirmación; pero la ira era general, y el que había puesto arena en los cartuchos fue condenado a muerte por la indignación del pueblo (...) Corrimos por la calle de Jesús y María, y al llegar a la de la Magdalena, la vimos completamente llena de gente: todo el vecindario estaba en los balcones, y un clamor inmenso llenaba la vasta longitud de la calle. Hacia el centro de ella existía entonces, y existe aún, una casa suntuosa (...) A aquella casa histórica (...) se dirigían las amenazas de la muchedumbre, borracha de ira. Todos querían entrar, pero las puertas estaban cerradas. Este obstáculo no tardó en desapa-

recer, y terribles hachazos hicieron temblar las labradas maderas de la puerta señorial, protegida por el ancho escudo que en esculpidos emblemas representaba hazañas y virtudes de otros tiempos. Mas, ¿quién reparaba en esto? El pueblo, que ya había pisoteado en Aranjuez la real corona, no vacilaba en pasar por sobre la de un noble. Hicieron, pues, pedazos la puerta, y el pueblo entró desbordándose e invadiendo el palacio, como un río que rompe los diques que durante siglos le han contenido y se extiende por el llano con ímpetu destructor. Entraron todos, los que iban con algún objeto y los que no iban más que a gritar. No debía, pues, hacerse esperar mucho la satisfacción de la popular furia, y bien pronto nos quedamos helados de terror, oyendo decir: «¡Le han matado, ya le han matado! ¡Pobre y desgraciado Mañara! Ayer ídolo, ayer amigo, ayer compañero de la vil plebe, cuyo traje y costumbre, y hablar y modos imitaba, hoy inmolado por ella con barbarie inaudita, con esa cruel presteza que ella emplea, ¡la infame furia! en todas sus cosas.»

La cita es larga, pero inapreciable para captar el clima de desesperación de aquellos días que, por cierto, se repetirá dramáticamente en ocasiones posteriores cuando el pueblo madrileño se considere abandonado y vendido, crispándose entonces en gestos de gran violencia. Tras estos sucesos, vengamos al final.

Napoleón, desde Chamartín, intimaba a la rendición, pues quería que la conquista de la capital de España coincidiese con el aniversario de su victoria en Austerlitz, el 2 de diciembre de 1805. ¿Cómo era posible que una ciudad sin defensas naturales se atreviera a oponerse a su persona cuando todas las capitales de Europa le habían recibido con arcos de triunfo? Los cortesanos que le acompañan no pueden calmar su ira, que explota con frecuencia, como ocurrió cuando una infeliz prostituta contratada para aliviar sus horas se presentó ante el César empapada en perfume barato, ignorando para su desgracia la violenta reacción que provocaban en él los olores penetrantes. En respuesta al desplante madrileño amenaza con tratar a la población con el máximo rigor. Instala su puesto de mando a la izquierda de la puerta de Alcalá y a lo largo del día 2 ataca por las puertas de los Pozos, Fuencarral y del Conde-Duque, encontrando aún alguna resistencia. Al día siguiente abre brecha en la muralla de ladrillo por la zona del Retiro y paseo del Prado, lo que fuerza a la rendición, que efectúan, presentándose en su cuartel general, don Tomás de Morla y don Bernardo Iriarte, a los que conmina con terminantes palabras: «¡Partid en seguida! Si a las tres de la tarde no veo la bandera en los campanarios como señal de sumisión, mañana los habitantes serán pasados al filo de la espada.» La población de Madrid, sin ánimos ya, tiene que capitular, pero sin arcos de triunfo ni alegres entradas. Sólo visitará la capital un día en compañía de su hermano José para con-

templar el retrato de Felipe II de Pantoja y girar una visita al Palacio Real, que le sorprendió por su lujo. «En verdad, hermano, estais mejor alojado que yo», fue su comentario. Sin embargo, no pudo ocultársele la frialdad de las gentes a su paso por las calles madrileñas, no obstante la lenidad con que se comportó tras la rendición, como manifestó en la proclama del 7 de diciembre: «(...) Entré en Madrid. Los derechos de la guerra me autorizaban a iniciar un gran escarmiento y a borrar con sangre los ultrajes cometidos contra mí y contra mi nación. Sólo he atendido la voz de la clemencia»¹⁴. Antes, el día 4, ha firmado los *Decretos de Chamartín*, de muy variada índole, por los que se suprime la Inquisición, se reducen las comunidades religiosas, se suprimen las barreras arancelarias y se prohíbe a los soldados franceses cualquier ofensa a los madrileños.

Es evidente que, a pesar del gesto belicoso que le ofreció, Napoleón se mostró generoso con Madrid cuando tenía la ciudad a su merced y cabe preguntarse por las causas. ¿El penoso recuerdo de las crueles represalias de los días 2 y 3 de mayo? ¿Simple táctica política para atraerse a los españoles? Hay en su actitud una mezcla de desprecio y despreocupación que quiere disfrazar con el perdón. Pero los madrileños no saben disimular y cubren con el silencio las ceremonias del triunfo francés, entre ellas la jura del nuevo rey, José, celebrada el 23 de diciembre con solemnes ceremonias en las iglesias. La Forest, embajador francés, apostilla de esta manera el ambiente reinante: «la masa de la gente se mantenía inexpresiva. Obedecía sin mostrar alegría ni pesar...»¹⁵. Otro miembro del séquito del Emperador vio así al pueblo madrileño por aquellos días. «Conforme avanzamos hacia el centro de Madrid, vimos unos cuantos grupos de españoles que estaban de pie envueltos en sus grandes capas, en la esquina de la plaza donde solían reunirse antes en gran número. Nos miraban con melancolía y con aire abatido. Su orgullo nacional era tan grande que apenas si se podían convencer de que soldados que no eran españoles pudieran haber batido a los españoles»¹⁶. Con todo lo que tenga de tópico estereotipado —esos «españoles envueltos en sus grandes capas en la esquina de la plaza»—, la estampa es muy expresiva de la situación en que se encontraba un pueblo que había pasado en unos meses del levantamiento suicida, la ilusión de la victoria, a la derrota fulminante. Tras esto vendrán los años de dominio extranjero con sus etapas de hambres y calamidades, siguiendo de lejos la guerra que recorre toda la Península.

¹⁴ LOVETT: *Op. cit.*, p. 286.

¹⁵ *Ibidem*, p. 288.

¹⁶ *Ibidem*, p. 288.

«CUANDO DON CARLOS ENTRE EN MADRID» (1837)

Andando el siglo, otras veces se verá sometida nuestra ciudad a situaciones semejantes, jugándose en sus puertas el destino de bandos e ideologías. Así sucede en 1837, en el momento crítico de la primera Guerra Carlista. De nuevo el dominio de la capital supone el triunfo de «la causa». Esta idea, como plan final de la contienda, estaba presente desde los inicios en el ánimo de los seguidores de don Carlos, como expresaría contundentemente el general Guergué, hablando a su rey: «Señor, los *brutos* os llevaremos a Madrid.» Podría ser a través de campañas militares o de «arreglos» familiares, pero sin esa pieza clave era inútil todo el empeño.

Sin entrar en análisis extensos, basta apuntar que la guerra desde el lado del Pretendiente se presenta en una geografía rural donde se mueven *partidas*, sorpresas, encuentros súbitos y violentos; un paisaje familiar que dominan bien los campesinos-soldados, pero que no consiguen apoderarse de ninguna ciudad importante que, por otra parte, les es imprescindible para conseguir el reconocimiento, el respaldo y la ayuda de las potencias europeas. Por ello, los dos sitios más importantes, circunstancias y detalles aparte, serán los de Bilbao y Madrid, que les acarrearón los dos fracasos decisivos de la lucha.

Si esto sucede en el lado carlista, en la España gobernada por María Cristina las cosas no transcurren muy a gusto de la Regente. El asentamiento del régimen liberal trae cambios profundos en el ordenamiento del país, como la *desamortización* que supone la transferencia de una gran masa de propiedad a las nuevas clases sociales con el consiguiente enfrentamiento con la Iglesia que se siente desposeída. La lucha entre los partidos políticos es dura y en ella cada día más entra el elemento militar que se crece por el protagonismo que alcanza con la guerra. Vuelven a hacer su aparición los pronunciamientos, incluso entre los grados más inferiores de la milicia, como el que tiene lugar en La Granja en el verano de 1836 capitaneado por sargentos y dirigido por los políticos progresistas. La Constitución de 1837, no obstante su equilibrio, consagra esta situación que es considerada muy peligrosa por ciertos círculos cortesanos. María Cristina tiene miedo y se inclina cada día más hacia posiciones conservadoras que pueden llegar, si es preciso, al entendimiento con don Carlos, según propugnan algunos consejeros. El momento decisivo será ese mismo año de 1837 en que vienen a encontrarse las intenciones de ambos cuñados. La Regente quiere romper el cerco progresista y el Pretendiente necesita salir del rincón del norte para conseguir un triunfo resonante. En la tramoya andan muchos personajes. La Infanta Luisa Carlota, la hermana politiquera de María Cristina, que está presente siempre en las coyunturas decisivas del

reinado, propugna ahora el matrimonio del primogénito don Carlos con Isabel II, uniendo así las dos ramas de la familia, todo ello parece con la anuencia de Luis Felipe de Francia y el canciller austriaco Metternich, que desean acabar con el conflicto de España. Para hacer más factible el arreglo es preciso que don Carlos llegue hasta Madrid, lo que motiva la *Expedición Real* que lleva a su ejército desde las montañas del norte a los alrededores de la capital.

La operación tendrá dos momentos. Primero, el general Zaratiegui en agosto avanzará hacia Madrid, llegando a Torreloz y Las Rozas, dando tiempo a que don Carlos se acercara frontalmente ante las escasas fuerzas que protegen Madrid. Mas la operación militar se complica y con ello se desbarata todo el plan tanto político como estratégico. Ante la amenaza de Zaratiegui, acude Espartero con refuerzos y obliga al carlista a retirarse hasta Aranda, instalándose el héroe de Luchana con sus tropas en las cercanías de la capital. La política volverá a jugar su carta entre los oficiales acantonados en Pozuelo y Aravaca, empujados por los moderados a un nuevo *pronunciamento*. Cuando Espartero ordena a su ejército salir en persecución de las tropas enemigas, los oficiales de la Guardia Real pertenecientes a la brigada Van Halen se niegan a obedecer, lo que obliga a la dimisión del gabinete progresista de Calatrava, tan temido por la Reina Regente. Los sucesos de La Granja del año 1836 tienen su reverso en los de Pozuelo de 1837. Allí fueron los sargentos en nombre de los progresistas; aquí serán los oficiales del lado moderado. Aunque el hecho encierra muchas otras consecuencias, lo que nos interesa ahora únicamente es su influencia en los proyectos matrimoniales y concretamente en el fracaso de la «entrada de don Carlos en Madrid». Con el nuevo giro moderado de la política ha pasado el pánico y la Corte de Madrid rechaza cualquier entendimiento con los rebeldes. Madrid cerrará las puertas a las tropas de don Carlos y Cabrera.

Pero volvamos atrás para seguir la larga marcha de la expedición real. Don Carlos sale de Estella en el mes de mayo con doce mil infantes y mil seiscientas lanzas al mando del infante don Sebastián. Pasan a Huesca y de aquí a Barbastro, atraviesan el Cinca y el Segre y siguen a Solsona, Manresa y Seo de Urgel. A las tropas reales se une Cabrera con las suyas y juntos pasan el Ebro por Cheste y luego Burriana hasta llegar a la vista de Valencia, pero el general Oráa triunfa sobre ellos en Chiva el 15 de julio. Don Carlos reorganiza a los suyos en Cantavieja y prosigue su marcha. Cruza el Tajo y el 12 de septiembre se presenta ante Madrid.

Las autoridades de la capital se preparaban a resistir ya desde agosto ante la amenaza de Zaratiegui. El día 11 de ese mes se publica un bando del alcalde en el que se dice: «Don Juan Bautista de Llano,

alcalde primero constitucional de esta heroica villa. De orden del Excelentísimo Señor Capitán General, hago saber: 1.º Todos los peones y jornaleros se presentarán el día de hoy antes de las ocho de la mañana con picos, azadones, barras, piquetas, para trabajar en la fortificación. 2.º El sitio de reunión es el Salón del Prado para distribuirlos en los puntos convenientes. 3.º El pago de jornales se hará con exactitud. Madrid, 11 de agosto de 1837. Juan Bautista de Llano ¹⁷.» Reparemos que a más de la llamada al patriotismo se ofrecía pagar los jornales con exactitud. El mismo día, el Capitán General agradecía a la guarnición y a la Milicia Nacional su colaboración para rechazar a las tropas de Zaratiegui: «... lleno de la mayor complacencia me apresuro a daros en el Real nombre de S. M. las más expresivas gracias por el entusiasmo, rapidez y orden con que habéis acudido a defender el Trono de nuestra angelical Reina, la Constitución y la libertad de la patria ¹⁸.»

No obstante, el auténtico peligro para la capital estará representado por el avance hasta las afueras de Madrid, Vallecas, del Ejército del Pretendiente don Carlos, en los primeros días del siguiente mes de septiembre. En concreto, el día 11 las avanzadillas avistan Madrid y el 12 se producen algunas escaramuzas muy cerca del Retiro, en la zona del arroyo Abroñigal. El Ayuntamiento nombra una *Comisión de Guerra* compuesta por Caballero, Izquierdo, Bringas y Vidal, auxiliada por otra de *Recursos* a la vez que se moviliza a la población por demarcaciones y se ordena a los alistados en el ejército o en la Milicia Nacional se reúnan a una hora determinada en el ex convento de San Felipe el Real capitaneados por los alcaldes de barrio. La mayor preocupación de las autoridades es la escasez de trigo con que atender a las necesidades del sitio. Para servir a los hospitales de sangre se ordena utilizar las camillas y parihuelas depositadas en los almacenes municipales desde que «esta Capital fue imbadida por el cólera ¹⁹».

El Capitán General, Quiroga, propone al Ayuntamiento un plan de defensa en el que se ordena que un batallón de ciudadanos honrados se encarguen de la vigilancia interior mientras que deben alistarse también aquellos otros vecinos de la villa no pertenecientes a la Milicia Nacional y que puedan efectuar servicios montados. Se procede a un «empadronamiento», y requisas, si llega el caso, de todos los «carruages», haciendo que los propietarios de coches y calesas quiten las cajas de fondo de las mismas para que puedan emplearse con más utilidad. Se centralizarán «en dos o tres puntos céntricos que se darán a conocer en la orden general» los bomberos y bombas

¹⁷ Archivo de la Villa de Madrid (A. V. M.). Legajo 3-363-103.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ A. V. M. Legajo 2-259-40.

para que puedan acudir con rapidez a sofocar los fuegos. En cada distrito se montará un hospital de sangre con facultativos, eclesiásticos y material para las primeras curas. Los heridos, una vez atendidos aquí, serán llevados en las camillas y carruajes citados a los hospitales generales. Se insta con sumo cuidado el control de los pozos y norias de agua potable porque «los enemigos pueden con facilidad cortar el agua²⁰». Reparemos en estas palabras finales que indican el temor de acciones subversivas por parte de los carlistas del interior, las «partidas absolutistas» de Madrid en las que fiaban mucho los jefes del ejército sitiador, verdadera «quinta columna» que habría de actuar llegado el momento.

Horas difíciles y confusas para Madrid las del 12 de septiembre de 1837. Veámoslas reflejadas en las páginas de un testigo directo, aunque quizá de su relato habría que quitar mucho del protagonismo que se atribuye, pero nos valen por lo que tienen de movidas y vivaces. Don Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorria, se extiende así en su *Memorias*²¹: «Desde Arganda, el 11 de septiembre, el ejército de Don Carlos se dirigió sobre Madrid. Pintar la agitación, el desaliento y la conmoción profunda por que pasó esta capital en aquellos días, sería empresa difícil. Y en cuanto a los sucesos ocurridos el día 12, me bastará referir puntualmente lo que me aconteció a mí, para venir en conocimiento de todos los peligros y conflictos por que atravesó la ciudad y la causa de la reina (...). Por la puerta de Alcalá y la de Atocha entraban multitud de carros que conducían a la Milicia Nacional y a soldados de caballería de los depósitos inmediatos, situados en la dirección de los pueblos de Cuenca y Guadalajara. Mucha gente comprometida en ellos se refugiaba en Madrid. La alarma iba en aumento y todos en realidad participábamos de ella (...). Recuerdo que la primera persona que encontré fue a Doña Vicenta Parsens, después marquesa de Lazán (...). Había salido con otra señora a compras y a tiendas y regresaban las dos muy asustadas, pues les habían dicho que los soldados de Cabrera ocupaban los arrabales de la ciudad.» Obsérvese que gráficamente se hace ver el confusionismo y la teoría del rumor indefinido que se producen en estas situaciones de peligro. Unas señoras de la alta sociedad que han salido de compras como cualquier día y vuelven asustadas porque han oído que los soldados carlistas están a las puertas de la ciudad. Madrid iba pasando en pocas horas del vivir cotidiano al estado de sitio. ¿Y qué hacían mientras tanto las autoridades? Sigamos con el relato de Fernández de Córdova:

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Mis memorias íntimas*. Edición de Miguel Artola, Madrid, 1965. B. A. E., pp. 314-317.

«Era ya entonces capitán general de Madrid don Antonio Quiroga. En el Principal supe que se había establecido allí, ocupando una habitación del primer piso, y subí a verle, ya porque le conocía de la sociedad, ya porque me pareció podría necesitarme.

—Mi general, vengo a presentarme a usted y a ofrecerle mis servicios, le dije.

—Gracias, señor Córdova.

Y como nada más añadiera, le pregunté si era cierto que los carlistas, con Don Carlos, estaban cerca de Madrid.

—No lo sé —me contestó.

Entonces me atreví a insistir, preguntándole de qué lado llegaban y si venían por el camino de Valencia.

—No lo sé; cada uno dice distinta cosa, y lo que creo es que nadie sabe nada —añadió con afectada indiferencia, procurando ocultar con ella la hondísima preocupación que le dominaba.

—Pues yo me ofrezco a usted para informarle dentro de pocas horas por dónde viene el enemigo, con qué fuerza cuenta y todos cuántos movimientos haga.

—No tengo tropas —me contestó—, sólo dispongo de la Milicia Nacional.

—Pero yo no necesito para cumplir lo que ofrezco más que una mitad de caballería.

—Pues vaya usted al Prado y delante de la fuente de las Cuatro Estaciones tome usted un escuadrón de coraceros. No tengo más caballería —añadió—; si la quiere usted, tómela; y si no, déjela usted y no vaya.

—Mi general, yo no voy a combatir. Mi objeto es reconocer al enemigo, avanzar sobre él y correr por todos lados para tomar noticias y dárselas a usted; para ello lo que necesito es caballería ligera.

—Hombre, ¿cómo quiere usted que se lo diga? —me contestó enojado—, no tengo otra caballería y usted hará lo que quiera, tomándola o dejándola. ¡Hoy entran —añadió con ademán sombrío— los carlistas en Madrid!»

Con este ánimo de sus jefes superiores se iba a enfrentar Madrid al ataque carlista. Una vez más, como tantas otras antes y después, se repetía la soledad y el pesimismo de los que mandaban y las cosas se resolverían casi por milagro y por el entusiasmo de los madrileños de a pie. Aun los profesionales de la milicia más decididos a la acción tomaban sus precauciones por lo que pudiera pasar. Sigamos con Fernández de Córdova.

«Corrí a mi casa, tomé todo el dinero en oro que tenía y mandé que mi ordenanza ensillara un segundo caballo. Estaba resuelto a no dejarme coger prisionero, como todo hacía creer sería la suerte de cuantos se quedasen en Madrid con la fuerza de la Milicia Nacional.

Corrí al Prado y con la orden que di al escuadrón de coraceros montó a caballo y me siguió a la puerta de Atocha, adonde creí debía dirigirme. Allí encontré una sola compañía de cazadores del segundo batallón de la milicia.

—¿Qué fuerza hay aquí? —pregunté al capitán don José de Rojas, que la mandaba y de quien era amigo.

—Ninguna más que la mía —me contestó.

—¿Y en el Retiro?

—Ninguna —me replicó.

—¡Pues estamos bien! Voy a ver qué enemigos tenemos en la dirección de Vallecas —le dije.»

Describe luego el desconcierto de las tropas leales que estaban encargadas de la defensa de aquellos lugares; unidades que marchaban de un sitio a otro sin plan alguno. El enemigo estaba allí mismo y tenía todas las ventajas en su mano.

«Cuando llegué a la esquina o ángulo que forman las tapias del Retiro —sigue diciendo el general—, mi asombro no tuvo límites al considerar todo el ejército enemigo a la vista y todo el peligro que corrían en aquel momento la reina gobernadora, sus augustas hijas, el ministerio, la capital y la causa misma de la libertad (...). El enemigo se presentaba a nuestra vista en la forma siguiente: ocho columnas, cuyas cabezas se veían con claridad, ocultaban su fondo en las alturas que atraviesan el camino de Vallecas (...) delante de la posición, al pie de su descenso y apoyados en un espeso olivar, habían desplegado en guerrilla uno o dos batallones con sus correspondientes reservas, que se tiroteaban contra un escuadrón de granaderos de la Guardia, inmediato al arroyo de Abroñigal; combate inferior para nuestras armas, en el que numerosas guerrillas de infantería se batían contra débiles y reducidas fuerzas armadas y armadas de tercetas de poquísimos alcance. Las balas llegaban hasta las tropas que tenía a mis órdenes y que había detenido al lado de las tapias del Retiro, por mi propia autoridad, sin ejercer en realidad ninguna. Pero no habiendo allí otro jefe más graduado para cederle el mando y considerando el inminente riesgo que corría la capital en aquel instante, me decidí a tomarlo yo bajo mi única responsabilidad.»

De acuerdo con esta resolución, reorganiza como puede a aquellas desordenadas fuerzas y se dispone al combate confiado en su experiencia y en el conocimiento de las virtudes y defectos del enemigo.

«Los carlistas para llegar a nuestra línea de batalla necesitaban atravesar una extensa llanura, sobre la que estaba resuelto cargarlos con toda la caballería, en el primer momento de desorden en que sus filas produjera el fuego de cañón. Yo tenía bastante experiencia de la guerra para estar seguro de que la infantería carlista, en cualquier orden que nos atacara, no podría resistir una carga a fondo

de nuestros excelentes jinetes, soldados veteranos que habían seguido antes la guerra en los ejércitos de operaciones y se encontraban a la sazón en Madrid para montarse en los caballos de requisición. Rodeábame gran número de oficiales de la Guardia, aguerridos todos y bravos, y parecía que nos hallábamos en el Norte con fuerzas de aquel ejército glorioso (...). Así estuve largo tiempo, sin que el enemigo se moviese de sus posiciones. Unos y otros nos observábamos por distintas causas. *Cabrera parecía esperar el resto de las tropas de Don Carlos o un movimiento carlista en el interior de la capital*²². Yo, por mi parte, no podía adelantar con tan cortas fuerzas (...). Transcurrieron de este modo los minutos y aun las horas.

—¿Qué le parece a usted, coronel Córdova, que podemos hacer? —me preguntaba [el brigadier don Facundo] Infante.

—Con las fuerzas que aquí tenemos, nada, mi brigadier —le contesté—; pero haga usted venir las tres baterías que quedan en su cuartel del Retiro, toda la Milicia Nacional que está dispuesta y cuyas compañías de cazadores y granaderos podrán componer un conjunto de 3 ó 4.000 hombres, ya aguerridos en las revoluciones de Madrid²³ y avise además a toda esa caballería que parece se reúne en el Canal (...). A la menor indecisión o desorden del enemigo prometo a usted arrojarle sobre él con los escuadrones y sé por experiencia que nuestras cargas a fondo y un terreno despejado no las resisten los carlistas.»

De pronto, cuando la tensión parecía haber llegado al límite y ambos bandos iban a lanzarse a un combate decisivo, el «sitio» termina extrañamente, informalmente, diríamos, si nos atenemos a las reglas de la guerra, un poco a la manera improvisada como se había iniciado. Las huestes carlistas que mandaba Cabrera al atardecer se alejan de sus posiciones y don Carlos no consigue entrar en la capital, dejando a sus descendientes y partidarios como legado un propósito y un anhelo, esencial para el triunfo de la causa, pero arduo de cumplir: que «cueste lo que cueste» entre su Rey en Madrid.

Fernández de Córdova termina sus impresiones de aquel día 12 de septiembre. «Los carlistas en tanto no avanzaban y a medida que se acercaba la noche disminuía su fuerza a nuestra vista. Así se lo hice observar a Infante, y cuando ya había casi anochecido y no veíamos masa ni fuerza alguna considerable sobre las alturas, preguntéle si volveríamos a Madrid sin saber qué dirección había tomado el enemigo.

²² Subrayado mío.

²³ Reparemos en este juicio sobre el papel de la Milicia Nacional —«hombres ya aguerridos en las revoluciones de Madrid»— de un militar profesional que se ve obligado por las circunstancias a servirse de estas tropas ciudadanas. Para la Milicia Nacional, véase el libro de Juan S. PÉREZ GARZÓN: *Milicia Nacional y Revolución burguesa. El prototipo madrileño*, Madrid, 1978.

—¿Pues qué quiere usted hacer?

—Con un escuadrón los podremos seguir y saber qué camino toman —le contesté. Y conviniendo en ello el brigadier, puso a mis órdenes el de cazadores de la Guardia. Con él seguí a los carlistas. Cuando coronamos la cordillera abandonada por éstos, pudimos ver que los batallones de Cabrera corrían en desorden; pero con un escuadrón nada pude intentar contra el enemigo, que marchaba casi en dispersión, y al que indudablemente hubiera cargado con mayor número de tropas, en las cuatro leguas de camino llano que los carlistas recorrieron hasta Arganda. Me retiré ya muy entrada la noche y la opinión en Madrid me fue muy favorable al día siguiente, como lo demostraron las infinitas personas que vinieron a felicitarme a mi casa, en la que permanecí retirado sin merecer del Gobierno ni de las autoridades la menor demostración. Los carlistas, sin embargo, hicieron correr la voz de que a la actitud de las tropas que reuní el 12 de septiembre, y que Cabrera supuso más numerosas, se debió que la capital no fuera atacada; pero como ya yo insinué en otro lugar, tengo fundados motivos para creer que las causas de la retirada carlista fueron muy otras y de naturaleza esencialmente política. La reina Cristina salió al día siguiente a recorrer las calles y recibió una inmensa ovación. Yo la vi pasar por la del Arenal y tuve que refugiarme detrás de las rejas de San Ginés para no ser aplastado por la muchedumbre.» En efecto, al día siguiente, la Reina Regente y su hija Isabel recorrieron las calles madrileñas, paseo que, años después, en 1865, un gran artista, Mariano Fortuny, llevaría al lienzo en un gran cuadro de nuestra pintura del siglo XIX, tan bello de factura como falso en su valor histórico en lo que tiene de ambiente militar y solemne grandiosidad. Ni el escenario fue tan espectacular ni los soldados iban tan engalanados. Los hechos, como sabemos, sucedieron de muy distinta manera.

No es ocasión aquí de profundizar en esas «otras causas» de índole familiar o política que pudieron determinar la retirada de las huestes de don Carlos de las afueras de Madrid, pues de lo que se trata para nosotros ahora es acercarnos a la sucesión y a los rasgos que se dieron en los distintos cercos que sufrió la capital en el siglo pasado. Únicamente, al hilo de los acontecimientos de 1837, podemos detenernos a reflexionar sobre unas circunstancias que, por debajo de esos sucesos políticos que originaron la retirada de los carlistas, sí pesan indudablemente en aquellas horas del 12 de septiembre entre los sitiados que habían alcanzado las tapias del Retiro. Nos referimos al *mito de la gran ciudad* actuando sobre las tropas atacantes. Desde los orígenes de la guerra misma se constata el hecho de que una tropa vencedora en campo abierto, tan pronto como llega ante los muros de una ciudad sufre una parálisis casi total, un repentino respeto y temor de jefes y soldados que se traduce en no saber qué hacer, en una peligrosa

espera que, a la larga, puede terminar en derrota. Diríase que el arte de la guerra con sus leyes válidas para el paisaje abierto, el cuerpo a cuerpo, se embota a la hora de conquistar un espacio compartimentado en calles desconocidas con un constante parapeto de fachadas y ventanas tras las cuales está siempre la sorpresa. La poliorcética, o el arte de tomar y defender ciudades, era uno de los más complicados desafíos que se podían presentar a un militar antes de la aparición de los terroríficos medios de destrucción desde el aire de los tiempos actuales por medio de los cuales, primero se destruye el núcleo urbano y luego se ocupa. La parálisis producida por las grandes ciudades es muy antigua, recordándose, entre otros muchos, a Aníbal frente a Roma (214 a. C.), Felipe II cerca de París (1557) —«¿no está mi hijo ya en París?», preguntaría Carlos V desde Yuste al conocer la victoria española en San Quintín— hasta las tropas del general Mola en noviembre de 1936, llegando a las tapias de la Casa de Campo. Ni Roma, ni París, ni Madrid cayeron, y la guerra se prolongó largo tiempo.

En el caso que nos ocupa, los hombres que seguían a Cabrera estaban habituados a la guerrilla, a la sorpresa entre los accidentes del terreno, a las largas marchas a través de un paisaje conocido palmo a palmo del que casi formaban parte como un elemento esencial, y, de pronto, se encuentran paralizados ante una ciudad sin poder ver cara a cara al enemigo —¿cuántos son?, ¿dónde están?— que se esconden entre las calles de ese Madrid para ellos lejano y torturante. Reparemos lo que nos dice el general Córdova como justificación dada por el enemigo para su repliegue. «Los carlistas, sin embargo, hicieron correr la voz de que a la actitud de las tropas que reuní el 12 de septiembre, y que Cabrera supuso más numerosas, se debió que la capital no fuera atacada...». El peligro había pasado y la guerra terminará tres años después sin que las tropas del Pretendiente puedan conquistar una gran ciudad, lo que demostraba elocuentemente su carácter eminentemente campesino.

1843. TORREJÓN DE ARDOZ. «EL PRIMER ALZAMIENTO NACIONAL»

Concluida la guerra civil se alza con el triunfo militar y político el héroe popular, el general don Baldomero Espartero, quien en 1840 es elevado a la suprema magistratura de Regente de España tras obligar a la renuncia a la reina madre María Cristina de Borbón. De 1840 a 1843 los españoles confían en la situación progresista que encabeza el vencedor de Luchana. Pero el trienio transcurre entre sobresaltos y violencias que llevan al Regente a tomar decisiones drásticas muy en contradicción con su ideario progresista, entre ellas, el fusilamiento del general Diego de León por la intentona romántica de 1841, y el bombardeo de Barcelona por el levantamiento popular de 1842. Mas,

por encima de todo esto, Espartero cultiva como nadie el arte de quedarse solo y al fin lo consigue, viéndose abandonado de los mismos progresistas. Mientras, los moderados se preparan al ataque alentados por las conspiraciones que desde París urde María Cristina. En enero de 1843 el Regente disuelve las Cortes; en mayo, roto violentamente el pacto con los progresistas, éstos pasan también a la oposición decidida movidos por la oratoria de Olózaga, que pronunciará con esta ocasión una de sus frases más famosas: «¡Dios salve al país! ¡Dios salve a la Reina!» Otra vez la historia de España se hará a golpe de pronunciamiento. Los generales Narváez y Concha desembarcan en Valencia y se dirigen a Teruel, para desde aquí emprender la conquista de la capital, pues «en Madrid sólo es donde se conjuran las revoluciones, se desbaratan las redes de intriga y desde donde se negocia y se gobierna con autoridad y buen fruto», según diría el periódico *El Heraldo* dos años después, el 17 de junio de 1845, resumiendo a la perfección el papel esencial que juega nuestra ciudad en la vida nacional. Esto lo sabe muy bien Narváez, «el hombre que sabrá aprovecharse de las circunstancias y de las tensiones del partido esparterista. Y no sólo en el campo de batalla, sino también en los despachos de Madrid. Se da cuenta en el verano de 1843 de que lo importante es tomar la capital cruzando por ello con rapidez desde Valencia y sin preocuparse de combatir a los fieles del Regente se dirige hacia Madrid y hace entrar a sus tropas como vencedoras en el campo de batalla²⁴». Pero antes tendrá que desmontar la residencia de la capital, último baluarte del esparterismo que estaba dispuesta a defender la causa del Regente.

La ciudad ante el cariz de la situación toma pronto sus medidas. En el mes de mayo, el Ayuntamiento envía una circular a los alcaldes de barrio para que vigilen a los sospechosos y disponen que los comandantes de la Milicia Nacional se presenten en las Casas Consistoriales al mismo tiempo que establece un retén de la tercera parte de los concejales que habrían de permanecer sin interrupción en el salón de sesiones, relevándose cada tres horas. Por parte de los sublevados el plan de ataque está fijado en el mes de junio. El general Azpiroz se adelanta desde Castilla y conmina a la rendición a los madrileños. Entre atacantes y defensores se cruzan proclamas y manifiestos interesantes por su contenido dialéctico y las mutuas definiciones que de sus posturas hacen. La publicística política es utilizada por ambos bandos con un estilo exaltado donde se juega con la historia y el patriotismo. El general don Francisco Javier Aspiroz, desde su cuartel general de Guadarrama se dirige a su compañero de armas, el general

²⁴ CEPEDA GÓMEZ, José: *Teoría del pronunciamiento. El intervencionismo militar en el reinado de Isabel II y el acceso de los generales al poder político*. Tesis doctoral, en prensa, p. 296.

don Evaristo San Miguel, defensor de Madrid, en estos tonos²⁵: «Capitán General del 8.º Distrito Militar. Excmo. Sr. Cualesquiera que sean los diferentes matices de opinión, la incompatibilidad de compromisos que a dos autoridades separen, hay por encima de aquellos y de ésta una causa mayor, más santa; la del bien público, la de los pueblos a cuya salvación debemos consagrarnos. Y creería ofender al acreditado españolismo de V. E. si (...) supusiera en V. E. el funesto intento de sacrificar a miserables intereses, a la efímera prolongación de un poder cadavérico, el bienestar, la seguridad del honrado vecindario de la Metrópoli de España (...). El desarrollo que en toda España ha tomado el *alzamiento nacional*²⁶, la fuerza con que los principios que en él se proclaman se hallan arraigados en los corazones de la inmensa mayoría de sus hijos, hacen inútil, y aun criminal y fratricida, un más largo empeño de resistencia por parte de los que se esfuerzan en sostener el impotente gobierno de Espartero (...). ¡Ah! ¡sirva V. E. a la España antes que al hombre con quien puedan unirle vínculos de afecto personal: contribuya con nosotros a salvar a la Reina, al país, a esa misma Constitución menospreciada: contribuya a que España sacuda el ignominioso yugo, no ya de un glorioso conquistador, sino de la más alevosa intriga extranjera²⁷! El heroico pueblo del 2 de Mayo no ve en los valientes que conduzco enemigos que combatir: hermanos ve que abrazar: hermanos, cuya divisa es la suya: Constitución de 1837: Isabel II: unión de todos los españoles: verdadera y completa independencia nacional sin preferencias indignas (...) ya que V. E. no quiera mezclar en unas mismas filas sus valientes y los que conduzco, no quiera al menos impedirnos que guardemos de los desastres, que amenazarla podrían, la tranquilidad de Madrid: que custodiemos con sus nobles hijos las prendas augustas de ventura que encierra. Abranos V. E. las puertas de la Corte. ¿Garantías quiere V. E.?... Señálelas: nada se le negará en nombre del honor castellano, si por ellas consigo que se abracen hermanos con hermanos, que Madrid rebose en júbilo, que S. M. vea mezclados a todos sus fieles españoles, y que se termine pronto, al momento, la no dudosa pero siempre demasiado larga crisis que tanto compromete la independencia de España. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel General de Guadarrama, 10 de Julio de 1843. Javier de Azpiroz...»

²⁵ CONTESTACIONES que han mediado entre los Excmos. Srs. Generales D. Evaristo San Miguel y D. Francisco Javier Azpiroz. A.V.M. Legajo 4-1-70. Acerca de lo sucedido en Torrejón, ver: José A. YAQUE: *La falsa batalla de Torrejón de Ardoz*. Episodio de 1843. *Revista Castellana*, t. V, 1919.

²⁶ Obsérvese la utilización histórica por el bando moderado de la autodefinición de *Alzamiento Nacional* desde fechas muy antiguas. Subrayado mío.

²⁷ Una de las acusaciones más repetidas contra Espartero era la de estar vendido a Inglaterra. La cercanía del domicilio de don Baldomero y la Embajada británica originó este punzante comentario: «En este palacio /habita el Regente / pero quien nos rige / vive en el de enfrente.»

El general San Miguel no iba a mostrarse menos defensor del pueblo de Madrid en quien cree y confía, «aunque encierra elementos de desorden», por lo que rechaza la petición de Azpiroz. «Excmo Sr.²⁸. He recibido el oficio de V. E. de ayer fecho en Guadarrama. Ejerciendo mi mando militar en la misma residencia del Gobierno, a él me referiría en un todo sobre los puntos que abraza y pormenores que descindiendo, si el colorido personal que da V. E. a la cuestión no me moviese a responder directamente a V. E., la desconoce del todo con suponer que a intereses privados se pueda sacrificar el bienestar y la seguridad del honrado vecindario de esta Metrópoli de España. No son tales los sentimientos que abrigan estos habitantes y M. N. que más de una vez se han manifestado a la faz de la Nación y de la Europa por el órgano de sus autoridades populares. Solemnemente consta de sus alocuciones que no por la efímera prolongación de un poder que V. E. llama cadavérico, no por los intereses de un hombre presente al mundo de modelo, de lealtad y de fidelidad que hará su nombre célebre (...). Del Gobierno del Regente recibí este mando, y al Gobierno del Regente seré fiel, cualesquiera que sean sus apuros. Soldado de la Nación, la he servido siempre con lealtad (...). El pueblo de Madrid presenta una actitud imponente, más no hostil; el heroico pueblo del 2 de Mayo, aunque encierra elementos de desorden, sabrá suprimirlos con firmeza. En su seno reina el orden, la tranquilidad y respeto religioso hacia las personas y las propiedades. Depositario de la Reina Constitucional de las Españas, rodea constantemente su Trono con los más tiernos homenajes de respeto. El que intente esparcir en su seno el desorden y la confusión, provocar escenas de horrores y de sangre, responderá ante la Justicia Nacional de este atentado. Dios guarde etc., 11 de Julio de 1843. Evaristo San Miguel...».

Sigue la polémica entre los dos jefes a través de sendas comunicaciones que recíprocamente se envían el 13 de julio, más extensa la de Evaristo San Miguel, quien, además, para apoyar con más fuerza su postura de resistencia, la acompaña con las firmas de los miembros de la Diputación Provincial, del Ayuntamiento y los comandantes de la Milicia Nacional de la capital. En ambos escritos, de Azpiroz y San Miguel, sigue apareciendo Madrid como el eje de la cuestión. El primero dice: «V. E. reasume en este momento toda la autoridad en esa Corte: el heroico pueblo del 2 de Mayo ama la independencia nacional, y siente como los demás de la Monarquía. Estudie V. E. el verdadero espíritu de sus habitantes, no en las mentidas alocuciones de autoridades supeditadas a bastardas influencias, sino en la inquietud que en

²⁸ *Contestaciones que han mediado...* Luego el general San Miguel tratará de justificar su actuación durante aquellos días. Evaristo SAN MIGUEL: *Sobre las ocurrencias de Madrid desde principios hasta el 23 de julio del presente año*, Madrid, 1843.

estos momentos agita a esa población, y en los diferentes actos con que a pesar de la comprensión ha demostrado sus sentimientos.» A esta insinuación de violentar la voluntad de los madrileños, replica el segundo: «... ¿Se puede culpar al Ayuntamiento de Madrid porque sin aguardar que las Cortes decidiesen este gran litigio no alzó un estandarte de insurrección, faltando a las Cortes, faltando a la Nación entera, faltándose a sí mismo? Si en muchos pueblos de España se ha levantado este pendón, ¿es un deber para el pueblo madrileño el imitarlos? (...) Si V. E. acata la Constitución de 1837 y el Trono de Isabel II, los mismos son objeto de las caras afecciones de esta Capital Heroica: y, ¿dónde podrá recibir la Reina Constitucional de las Españas más homenajes de cariño y de respeto que del pueblo Madrileño? ¿Dónde está más vivo el fuego de la libertad? ¿En qué corazones está grabado con más profundos caracteres el sentimiento de la independencia nacional con todos sus precisos resultados? Lo que no reconoce el pueblo de Madrid es el derecho que puede alegar alguno para darle leyes, para invadirle con sus bayonetas, para que adopte otros principios de conducta política que los que establecieron las Cortes, los que sólo pueden decidir las Cortes (...). Cualesquiera que sean los motivos que tenga V. E. para detenerse en las cercanías de la Capital, vuelvo a hacer a V. E. responsable de cuantas consecuencias produzca un ataque a viva fuerza en una población donde V. E. no puede entrar sin el consentimiento (...). Nota. Incluyo a V. E. la lista de todos los individuos de la Excm. Diputación Provincial, Ayuntamiento Constitucional, y Sres. Comandantes de la Milicia Nacional de esta Corte que inscriben esta manifestación mía, como lo verá V. E. cuando se dé a luz.»

Pasan los días que cuentan en desventaja para los defensores de Madrid por cuanto el resto de España se levanta contra el Regente. Parece que todos quieren dar fin a la situación de la mejor manera posible y salvar de este modo su postura en estas horas conflictivas. El 16 de julio, los embajadores acreditados en Madrid, sin comprometerse con ninguno de los dos bandos, como es tradición en estos casos, redactan una nota poniéndose al servicio de la Soberana. Entre los firmantes figura Washington Irving por parte de los Estados Unidos. La nota, redactada en francés, es entregada a don Olegario de los Cuetos, Ministro de Marina y Primer Secretario interino de Estado para caso de que corriera peligro la seguridad de las personas reales «sea objeto de la mayor atención»²⁹.

Otras preocupaciones en torno a las augustas personas preocupan el ánimo de los servidores reales, no por nimias, menos urgentes. El 20 de julio, tres días antes del final del sitio, el tutor de la Reina, don

²⁹ Archivo Histórico Nacional (A. H. N.) Estado, 3567.

Agustín Argüelles, dirige al Presidente del Gobierno el siguiente oficio: «Tutoría de S. M. y de su Augusta hermana. Excmo. Sr. Habiendo llegado el caso de que S. M. empiece a tomar los baños de costumbre en esta estación según la tiene prescrito la Facultad de Cámara para la mejor conservación de su importante salud; y siendo necesario también que al propio tiempo beba S. M. las aguas del Molar, donde se establece un Boticario de la Real Cámara, encargado de remitirlas con todas las precauciones convenientes, lo pongo en noticia de V. E. para que se sirva comunicarlo al Consejo de Sres. Ministros, a fin de que, si fuese posible, se den las disposiciones oportunas que aseguren en las circunstancias presentes la remesa de las expresadas aguas. Dios guarde a V. E. muchos años. Palacio, 20 de Julio de 1843. Agustín Argüelles. Señor Presidente del Consejo de Señores Ministros»³⁰.

El general San Miguel, no obstante sus altisonantes declaraciones, poco le queda por hacer. Los acontecimientos se precipitan y la «Heroica Metrópoli del 2 de Mayo» caerá sin lucha alguna y no tendrá que sufrir los rigores y penalidades que le auguraban. El 23 de julio el general esparterista Seoane sale al encuentro del general Narváez y tiene lugar el «combate» de Torrejón de Ardoz, que termina entre abrazos de los soldados de uno y otro ejército cuando alguien grita: «¡Todos somos unos!» Narváez y Azpiroz entran en la capital y al día siguiente lo hacen Prim y Milans del Bosch.

El pronunciamiento de 1843 ha terminado con la derrota de Espartero por la alianza circunstancial y falsa de moderados y progresistas. Pronto, estos últimos, esclavos de su ingenuidad, serán lanzados de la escena en una de las jugadas de picaresca política más perfecta del siglo XIX para iniciarse después la Década Moderada hasta 1854, en que, de nuevo, los soldados, movidos por sus generales políticos, pondrán sitio a Madrid, centro y clave de un nuevo pronunciamiento.

LA VICALVARADA. LAS JORNADAS DE JULIO DE 1854 EN MADRID³¹

La etapa moderada se va consumiendo entre sus banderías personales y las dificultades económicas que le salen al paso y no sabe re-

³⁰ A. H. N. Estado, 2830.

³¹ Para este pronunciamiento en general y sus incidencias la bibliografía es abundante. Recordemos como relatos más directos: ANÓNIMO (Un liberal madrileño): *Apuntes para la historia de la segunda mitad del siglo XIX. Legitimidad de la revolución de 1854*. Folleto político, Madrid, 1854. Ildefonso BERMEJO: *Alzamiento popular de 1854, que comprende desde la cuestión de Ferrocarriles hasta la entrada del duque de la Victoria en Madrid y disposiciones posteriores*, Madrid, 1954. ANÓNIMO: *Apuntes para la historia de los sucesos de julio de 1854*, Madrid, 1854. Antonio RIBOT Y FONTSERE: *La revolución de julio en Madrid. Reseña... precedida del examen razonado de las causas... y seguida de la exposición de los principales sucesos que se han desenvuelto simultánea-*

resolver. Desde 1852 se agrava la situación por las malas perspectivas que ofrecen los campos, problema siempre fundamental en un país de economía esencialmente agraria. El gobierno carece de recursos y recurre a una serie de medidas impopulares. La desfavorable coyuntura repercute en una subida de precios que solivianta a las masas urbanas. El climax se alcanza en 1854, desencadenándose la crisis política que concluirá el mes de julio con el triunfo de los sublevados en Vicálvaro y Manzanares. Como ocurre siempre en estas situaciones finales, según avanza el peligro y la oposición, los dueños del poder endurecen la represión. Dejando de lado otras muchas medidas, el gobierno de don Luis Sartorius, conde de San Luis, publica el 15 de mayo un real decreto por el que se exige el pago de un semestre adelantado de contribución, que acaba de exasperar los ánimos de todos. Termina por formarse un amplio frente de oposición que, como siempre, se lanza por el camino del pronunciamiento como medio de resolver los males de la nación. Entre sus planes más inmediatos está la ocupación de la capital, alzando a sus gentes, si es preciso, contra el gobierno de San Luis.

En lo que se refiere a Madrid, tenemos que los acontecimientos de junio y julio de 1854 presentan unos caracteres muy peculiares hasta el punto de que podríamos hablar de un *sitio al revés*, de la defensa interior de los madrileños contra el gobierno moderado, último baluarte de la resistencia contra la revolución en aquellos días. Constituye un levantamiento popular con todo el aparato de barricadas y combates callejeros, pero no contra los que vienen de fuera, sino contra los que se defienden dentro y emplean todos los medios a su alcance en la resistencia.

mente en el resto de España..., Madrid, 1854. Heriberto GARCÍA DE QUEVEDO: *Apuntes para la historia de las jornadas de julio, seguidas de algunas consideraciones sobre el espíritu de la Revolución*, Madrid, 1854. Cristino MARTOS: *La revolución de julio en 1854*, publicada por don Anselmo Santa Coloma, Madrid, 1854. Fernando FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA: *Memoria del teniente general D.... sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los días 17, 18 y 19 de julio de 1854*, Madrid, 1855. Juan de LARA: *Aclaraciones sobre los acontecimientos militares de Madrid en... 17 y 18 de julio de 1854*, Madrid, 1855. Angel M. CHAVES: *Memorias de medio siglo. Recuerdos de un madrileño. Las jornadas de julio de 1854*, *La Ilustración Española y Americana*, 1907, LXXXIV, pp. 266-267, 270, 302-304, 319, 322. Andrés BORREGO: *La revolución de julio de 1854 apreciada en sus causas y en sus consecuencias*, Madrid, 1855. A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS: *Cinco meses de ocultación del general O'Donnell*, en *La Ilustración Española y Americana*, 1854, n. 286. BARÓN DE INÉS: *El Ejército y los partidos. Reseña de la revolución de 1854*, Madrid, 1855. Le seguiremos muy frecuentemente por los datos topográficos que aporta sobre los combates en Madrid y por haber sido muy poco utilizado. Modernamente contamos con el excelente estudio de V. G. KIERNAN: *La revolución de 1854 en España*, Madrid, 1970, y el trabajo monográfico de Carmen GARCÍA MONERRIS y Juan S. PÉREZ GARZÓN: *Las barricadas de julio de 1854. Análisis sociológico*, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo VII, 1966.

En el desarrollo de los hechos pueden fijarse dos momentos muy claros: uno, la llegada a las puertas de la capital de los sublevados y el «combate» de Vicálvaro con la subsiguiente retirada de O'Donnell a la Mancha; y el otro, el levantamiento y la lucha en la ciudad entre el 17 y el 23 de julio que termina con la entrada triunfal de Espartero por el norte y de O'Donnell por el sur para constituir el primer gobierno del Bienio Progresista.

Los meses transcurridos de 1854 han sido de gran tensión. «En Madrid, como en otras ciudades, se extendía la crisis, el paro y el consiguiente malestar³². Una noticia significativa de la situación inmediata prerrevolucionaria nos la transmite el *Clamor Público* del 15 de julio: «Es tan considerable en Madrid el número de jornaleros sin ocupación, que sólo en las afueras de la Puerta de Bilbao se presentaron el otro día hasta *dos mil* para trabajar en el camino de Francia...» La tensión social se manifiesta a veces de modo abierto en los enfrentamientos entre los obreros contratados y los no admitidos. Las intervenciones de la Guardia Civil eran frecuentes. Entre los represaliados por el gobierno figuraban los generales Infante, los hermanos Manuel y Juan de la Concha, O'Donnell, Zabala, Serrano, Ros de Olano, el ex ministro Bermúdez de Castro y los periodistas Rancés, Roberts, Galilea, Bustamante, Cánovas del Castillo, entre otros. Muchos de ellos burlaron a la policía y permanecieron escondidos varios meses en Madrid, como el general O'Donnell, que estuvo oculto en la travesía de la Ballesta hasta la madrugada del 28 de junio, en que salió tapado muy románticamente aún, en un coche conducido por el Marqués de la Vega de Armijo, que le llevó al mismo pueblo de Canillejas para ponerse al frente de las tropas reunidas por los generales Dulce y Echagüe.

Cuando llegan a Madrid las noticias de la sublevación de Canillejas y que las tropas tienen intención de dirigirse a la capital, «Sartorius, conde de San Luis —relata don Juan Valera³³—, envía a Alcalá de Henares al coronel don Lorenzo Milans del Bosch para que hiciera a los generales sublevados una propuesta de perdonarlos. La rechazan y contestan con otra, exigiendo la dimisión del gobierno.» ¡Cómo se repiten a través del tiempo los nombres familiares en la historia de España! Recordemos, para evitar confusiones y equívocos, que estamos hablando de 1854, aunque entonces ya figuraban Sartorius y Milans del Bosch, no obstante ahora en el mismo bando.

Luego tiene lugar el «combate» de Vicálvaro, que dura desde las dos a las cinco de la tarde de ese 28 de junio. En unas lomas cercanas al pueblo se encuentran los dos ejércitos, el gubernamental, mandado

³² GARCÍA MONERRIS y PÉREZ GARZÓN: *Op. cit.*, p. 2.

³³ LAFUENTE-VALERA: *Historia General de España*, Barcelona, 1930, t. 23, p. 180.

por Juan de Lara y por Blaser, ministro de la guerra, y el «pronunciado», que tiene al frente a O'Donnell y Dulce, sin victoria decisiva por ninguna de las dos partes —aunque ambas se atribuyen el triunfo—, y el saldo de unas sesenta bajas entre muertos y heridos en el lado rebelde y un número menor en los gubernamentales.

Sin embargo, el clima político de Madrid no sintonizaba del todo con los militares sublevados. «Las proclamas que en este mismo día [28] dieron al público los generales pronunciados —dice el Barón de Inés³⁴— no satisficieron los deseos del pueblo, que quería ver clara la índole del movimiento militar político; por esta razón permaneció a la expectativa.» Por su parte, don Juan Valera penetra aún más en las razones profundas de ese distanciamiento pueblo-generales. «Los amigos de O'Donnell en Madrid —dice³⁵— eran personas que por lo común ni levantan barricadas ni se ponen a defenderlas y los revolucionarios y las gentes de armas tomar, dado que lo hubiera, ganaban con la inacción, y sublevándose, se hubieran expuesto a perderlo todo y a no ganar nada. Vencidos aquel día, la represión hubiera sido más dura contra ellos que contra los generales; y en el caso de salir éstos victoriosos, O'Donnell hubiera sido el dueño de todo, al frente de sus tropas, sin partir con nadie el mando (...). La quietud, pues, de Madrid y el éxito dudoso y estéril de Vicálvaro, obligaron a O'Donnell a alejarse de la capital, camino de Andalucía.» No olvidemos a la hora de considerar los grupos sociales que estaban a uno y otro lado que entre los opuestos al gobierno de San Luis se encontraban los banqueros Collado, Moreno y Sevillano, el último de los cuales, por cierto, jugaría un destacado papel en las etapas finales del «sitio».

Empezaba el acto final de la Vicalvarada que tendría como escenarios principales Manzanares y Madrid, el primer lugar como centro de cabildeos, reajustes, componendas y manifiestos; el segundo, como enfrentamiento ciertamente duro entre las fuerzas del gobierno y las masas madrileñas levantadas ahora en favor del progresismo. Es cierto que otras ciudades y pueblos se levantaron también —Barcelona, Valencia, Valladolid, San Sebastián, Zaragoza, Málaga, Antequera...—, pero en ningún sitio como en nuestra capital la lucha alcanzó un carácter tan decisivo. «Sólo en Madrid, de todas las ciudades —afirma Kiernan³⁶— fue donde se produjo lucha armada entre el pueblo y sus gobernantes; apenas pudieron Isabel y sus secuaces librarse nadando con la corriente, al igual que sus representantes de provincias.» El ambiente empieza a caldearse a partir del día 14, al difundirse por Madrid el Manifiesto de Manzanares, traído por Cánovas escrito en un pedacito de papel enrollado dentro de un cigarro. La situación del

³⁴ BARÓN DE INÉS: *Op. cit.*, p. 17.

³⁵ LAFUENTE-VALERA: *Op. cit.*, p. 180.

³⁶ KIERNAN: *Op. cit.*, p. 620.

Ministerio de Sartorius se hace insostenible y el 17 presenta su dimisión, encargándose de formar un nuevo gabinete nuestro conocido don Fernando Fernández de Córdova, que se encuentra, tanto en el conjunto del país como en la capital, con un cuadro mucho más explosivo, airado y popular que el de 1837. La tarde de ese mismo día 17, cuando el público sale de los toros —preámbulo muy castizo de grandes acontecimientos nacionales: sucesos de julio de 1854; noticias del «desastre» de Cuba en 1898— empieza a circular una proclama que decía: «Madrileños: Valladolid, Barcelona, Granada han respondido al grito nacional de 28 de junio. La camarilla cede. El inmundito ministerio del conde de San Luis ha sido sacrificado para reemplazarle con otro que empastele la situación. No hay transacción posible. Ni el ejército constitucional la admite, ni el pueblo debe admitirla. ¡A las armas, nacionales de Madrid! ¡A las armas, ciudadanos! Caigan a nuestros pies todos los tiranos; destruyamos de una vez a todos los ladrones, y consolidemos de una vez el triunfo de la libertad. No más espera; no más perdón. El sol de mañana debe alumbrar vuestra gloria y la eterna humillación de vuestros enemigos. El Comité Liberal. Madrid, 17 de julio a las cuatro de la tarde»³⁷. La mecha está encendida y al anochecer, la multitud asalta e incendia el mobiliario de las casas de Sartorius, Esteban Collantes, gobernador Quinto, banquero Salamanca, conde de Vistahermosa y el palacio de la reina madre María Cristina. La guardia que protege esta residencia abre fuego contra los grupos que atacaban y parece que aquí se inició la lucha.

Las gentes se agolpan en la Plaza Mayor y la Puerta del Sol, donde durante un rato confraternizan soldados y paisanos, que gritan vivas y mueras. Con intención de acallar los ánimos sale a la calle una edición de la *Gaceta Extraordinaria*, que publica el cese del conde de San Luis y el nombramiento de Fernández de Córdova, que ciertamente no gozaba de popularidad entre el pueblo madrileño. Lejos de tranquilizarse, la multitud se enardece y se enfrenta abiertamente con la tropa que se refugia en la Casa de Correos de la Puerta del Sol, a la que llega también un batallón de infantería al mando del general Quesada, gobernador militar de la plaza, que intenta inútilmente por medio de arengas dispersar a la muchedumbre. El amanecer del día 18 es más violento aún, pues se lucha sangrientamente en la plazuela de Santo Domingo y en la Plaza Mayor. Esta actitud de los madrileños ha acabado con el fugaz ministerio de Fernández de Córdova, y a las seis de la mañana se comunica que la Reina ha encargado al duque de Rivas de constituir un nuevo gobierno, en el que entraban nombres más liberales, pero en el que, sin embargo, se reservaba la cartera de guerra el mismo Fernández de Córdova. A estas alturas de la situación

³⁷ BARÓN DE INÉS: *Op. cit.*, p. 20.

todo era inútil. «La revolución era ya una realidad, haciéndose cada vez más grande», según resume el barón de Inés³⁸.

Para dirigir el levantamiento madrileño se elige una Junta de Salvación, Armamento y Defensa, presidida por el viejo general Evaristo San Miguel, que, a efectos de la defensa, divide la capital en dos zonas, Norte y Sur, ésta de una fisonomía sociológica más popular y democrática controlada por la Junta del Cuartel Sur. La reacción del gobierno consiste en enviar una columna a cada uno de estos sectores con la intención de aplastar pronto el levantamiento. La lucha se generaliza en muchos puntos de la ciudad: en la Plaza Mayor se defiende la Guardia Civil, y contingentes de infantería, en Correos; los granaderos, en la Aduana —hoy Ministerio de Hacienda—; la Guardia Civil, en el Teatro Real; los granaderos y los ingenieros, en el cuartel de San Gil; la artillería y en el de San Martín, otro contingente de la Guardia Civil. A su vez, otros batallones ocupan la plazuela de Santo Domingo y las calles cercanas al Teatro Real. En Palacio se refugian muchos políticos que temen las represalias.

Los combates se hacen más duros en el sector sur, donde la columna que quiere avanzar por la calle de Atocha se encuentra con una cortina de fuego que se les hace desde todos los sitios, viéndose obligada a emplear la artillería. Madrid se eriza de barricadas. Un periódico³⁹ describe así esta defensa popular. «La defensa se organizó del modo siguiente: barricadas de defensa, de entretenimiento y de retirada. Las de *defensa* cerraban completamente las calles, se construían en las avenidas principales y se procuraba entrasen en la construcción adoquines, tierra y madera, dejando hueco a la altura de la cabeza para disparar completamente a cubierto. Estas barricadas (...) estaban defendidas por los fuegos de los balcones, cuidadosamente atrincherados de colchones y almohadas. Las de *entretenimiento* no presentaban tanta solidez y tenían entradas y salidas por ambas aceras y su misión era la de evitar los *aproches* demasiado rápidos de los soldados, que al llegar al centro de las calles debían verse acometidos por el fuego de la barricada y por un diluvio de piedras, adoquines, ladrillos y otros proyectiles que los muchos hombres desarmados habían de arrojar sobre ellos desde tejados y balcones en cuanto los vieses empuñados en el centro de las calles. Las de *retirada* estaban construidas a prueba de bala, en los sitios más a propósito para que cebada la tropa con la idea de su triunfo, se viese expuesta a los fuegos cruzados de dos, tres y, aun en algunos puntos, de cuatro barricadas, y fuese segura su destrucción o capitulación.»

³⁸ *Ibidem*, p. 22.

³⁹ *El Clamor Público*, el 21 de julio. Vid. GARCÍA MONERRIS y PÉREZ GARZÓN: *Op. cit.*, p. 6.

En el sector norte los choques más duros se dan en torno a la plazuela de Santo Domingo, calles de Jacometrezo, San Bernardo, Silva, Preciados y Costanilla de los Angeles, llegando incluso los soldados del cuartel de San Gil a hacer una salida en dirección a la calle de los Reyes, donde son recibidos con un nutrido fuego cruzado que les obliga a replegarse. Pero fue en la zona de Platerías donde la lucha alcanzó una mayor crueldad con cargas incluso de caballería y artillería que produjeron más de cincuenta muertos y muchos heridos. Este hecho de masas del verano de 1854 presenta algunos caracteres que nos permiten hablar de ciertas constantes en el pueblo madrileño, como es, por ejemplo, la participación activa de la mujer, que está presente en la línea de fuego. Es esta presencia femenina que encontramos ya en los motines contra Esquilache de 1776, luego junto a los cañones del Parque de Monteleón en mayo de 1808, y ahora en las barricadas progresistas. El periódico *El Miliciano*⁴⁰ el día 23 les dedica unos párrafos de homenaje. «Uno de los papeles más brillantes de la revolución española lo han desempeñado las mujeres.» Actuaban con gran serenidad y ánimo preparando las armas de los combatientes, rellenando los sacos de los sitios más batidos o acarreando el agua en una estampa entrañable para mitigar la sed de *sus hombres*. Incluso en la calle de Preciados levantaron por sus propias manos una sólida barricada.

Ante el dramatismo que cobraba la lucha no había otra solución que encontrar la salida desde dentro mismo de Madrid y en la onda progresista, la única que podía ser escuchada por el pueblo. Había que resucitar políticamente a Espartero, figura que no decayó nunca en la simpatía de los madrileños. Y fue en los barrios bajos donde primero se empezó a vitorear al héroe de Luchana. Por otra parte, en la Junta de Salvación, en la que, como dice la literatura de la época, habían entrado «gentes acomodadas» —recordemos al banquero José Sevillano y al hombre de negocios Mollinedo—, empieza a dirigir y encauzar la revuelta popular apoyando precisamente ante la Reina la candidatura de Espartero como única salvación del momento. El 19 de julio, la Junta se dirige al pueblo madrileño con la siguiente proclama: «Madrileños: Reunidos en junta patriótica por el mero impulso de salvar el orden público tan comprometido ayer y hoy, faltáramos a nuestros sagrados deberes si nuestra primera operación no se contragese al objeto de impedir la efusión de sangre por una y otra parte. La junta ha dado órdenes a todos los puestos donde hay ciudadanos armados para que no disparen un solo tiro, no mediando provocación a vía de fuerza. Esperamos por lo mismo que todos los jefes militares de los cuarteles y otros puestos donde haya fuerzas mili-

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 5 y 6.

tares, den las mismas órdenes a los suyos para que no hostilicen a ninguno que pase por sus inmediaciones tranquilo y sin demostración de hostilidad alguna, haciéndoles responsables en todo lo que más importa al honor del hombre de cualquier infracción de una medida tan vital en las actuales circunstancias. *Evaristo San Miguel*, Presidente. Siguen las firmas de trece miembros más»⁴¹.

A esto seguirán otras medidas inmediatas y promesas para el día del triunfo final; entre las primeras, la entrega de cinco reales diarios a cada uno de los defensores de las barricadas que figurasen incluidos en las listas de sus respectivos jefes.

Sin embargo de estas medidas precautorias, no siempre la Junta de Salvación podía controlar el desarrollo de los acontecimientos e incluso se veía limitada por otros poderes espontáneos, como ocurría con la *Junta* establecida en la calle de Toledo, presidida por el torero Pucheta, que tenía a sus órdenes más de tres mil hombres armados. Los últimos coletazos de la revuelta tienen un aire de tragedia popular sangrienta. En la plaza de la Cebada son arrestados, juzgados tumultuosamente y fusilados, los odiados policía Francisco Chico y su compañero «el Cano», que encarnaban el odio popular. Cuando acude el general San Miguel ya es tarde y ha de limitarse a dirigir una arenga a la multitud, exhortándola a que no manchase la revolución con actos semejantes, y para evitar estas venganzas, el día 23 promulga un bando de dura advertencia: «Don Evaristo San Miguel, Teniente General, Senador del Reino, Ministro interino de la Guerra y Capitán General de Castilla la Nueva, etc.: Hago saber: Que habiéndose esparcido voces de que se intentan cometer violencias y atropellos de personas inermes, he tenido a bien decretar lo siguiente: 1.º Todo ciudadano armado se concretará estrictamente a atender a sus respectivas barricadas, sin que por ningún permiso se separe sin que le llamen asuntos del servicio. 2.º De todos los puestos populares armados de la capital saldrán partidas que se cruzarán en el terreno de los suyos respectivos, prontas a refrenar y castigar en el acto, si es posible, a todo individuo que se propase al menor exceso contra las propiedades o las personas. 3.º Todo aprehendido culpable de los excesos dichos, será puesto en la cárcel pública y castigado rigurosamente con arreglo a las leyes, etc. Madrid, 23 de julio de 1854. Evaristo San Miguel»⁴².

Desde esa fecha puede decirse que la Junta madrileña domina la situación y empieza a ordenar no sólo la vida de la capital, sino incluso la de la nación entera, tomándose atribuciones más amplias. Así dictamina las recompensas y condecoraciones que han de otor-

⁴¹ BARÓN DE INÉS: *Op. cit.*, p. 26.

⁴² *Ibidem*, p. 29.

garse a los salvadores de la libertad o a los familiares de los mismos que sucumbieran en la lucha; dispone el ascenso de un grado en el escalafón para todos los oficiales que se hubieran sumado a la causa popular; la reconstitución de ayuntamientos y diputaciones provinciales según estuvieren en 1843; la suspensión de todos los empleados de los ministerios a excepción del de la Guerra; la entrega de todos los fondos del tesoro depositados en el banco de San Fernando a la Junta superior. En pocas ocasiones como en esta se puede apreciar la importancia y el valor que tiene la acción paralela a las instituciones del Estado de las juntas según el proceso que ha señalado R. Carr en la historia contemporánea española. «El curso de estas revoluciones —dice⁴³—, difícil de trazar en las fuentes, parece seguir tres fases distintas. Primero se iniciaba la revolución provincial primitiva, que se difundía "como una enfermedad contagiosa" de ciudad en ciudad. En general empezaba con un incidente local insignificante en sí que desataba el descontento endémico; se reunían muchedumbres y las autoridades locales perdían el control. En la segunda fase los políticos progresistas y prohombres locales se hacían con la revolución popular "restableciendo la paz social" mediante el establecimiento de una junta de ciudadanos respetables, a veces reforzada con un representante del pueblo. Esta puede denominarse la fase de comités de la revolución, en la que los excesos locales eran dominados, pero durante la cual el gobierno central abdicaba el control del país en una red de comités locales o de ayuntamientos nuevamente constituidos. La fase final, por lo tanto, consistía en la restauración del control central, por un gobierno que "representaba" la revolución. En la jerga de la época, la revolución primitiva era obra del populacho, de la "canalla plebeya" cuyos excesos eran lamentados o excusados como una necesidad revolucionaria; en la segunda fase, dominaba el pueblo, o sea, los representantes respetables del pueblo soberano; la tercera fase se distinguía por la reconciliación de la libertad con el orden efectuada por un gobierno llevado al poder en Madrid por las revoluciones locales que tenía que procurar dominar.»

Así va a suceder ahora. Todo va a terminar pronto y las jornadas de julio en Madrid —el sitio interior— acabarán con festejos y alegrías populares a la llegada de los generales triunfadores, especialmente de Espartero. La Reina ha aceptado todas las condiciones impuestas por los sublevados y se dispone a marchar de nuevo por la «senda progresista» como un día hiciera su padre y por cierto con el mismo ánimo. Lo hace saber a los españoles en un real decreto dado el 24 de julio y refrendado en Madrid. Pero más interesantes que

⁴³ *España, 1808-1939*, Barcelona, 1969, pp. 168-169.

la prosa administrativa de las leyes y decretos son las palabras, empapadas de romanticismo, con las que Isabel II se dirige a su pueblo en el manifiesto del 26 de julio, ofreciendo de nuevo el abrazo de la Corona y la Nación y que tienen la virtud de desarmar a los más recalcitrantes. «Españoles. Una serie de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros, introduciendo entre el pueblo y el trono absurdas desconfianzas. Han calumniado mi corazón al suponerle sentimientos contrarios al bienestar y a la libertad de quienes son mis hijos; pero así como la verdad ha llegado por fin a oídos de vuestra reina, espero que el amor y la confianza renazcan y se afirmen en vuestros corazones (...). Una nueva era fundada en la unión del pueblo con el monarca, hará desaparecer hasta la más leve sombra de los tristes acontecimientos, que yo la primera deseo borrar de nuestros anales (...). Que nada turbe en lo sucesivo la armonía que deseo conservar con mi pueblo. Yo estoy dispuesta a hacer todo género de sacrificios por el bien general del país y deseo que éste torne a manifestar su voluntad por el órgano de sus legítimos representantes, y acepto y ofrezco desde ahora todas las garantías que afiancen sus derechos y los de mi trono. El decoro de éste es vuestro decoro, españoles; mi dignidad de reina, de mujer y de madre, es la dignidad misma de la nación, que hizo un día mi nombre símbolo de la libertad. No temo, pues, confiarme a vosotros; no temo poner en vuestras manos mi persona y la de mi hija; no temo colocar mi suerte bajo la égida de vuestra lealtad, porque creo firmemente que os hago árbitros de vuestra propia honra y de la salud de la patria. El nombramiento del esforzado duque de la Victoria para presidente del consejo de ministros, y mi completa adhesión a sus ideas, dirigidas a la felicidad común, serán la prenda más segura del cumplimiento de vuestras nobles aspiraciones. Españoles: podéis hacer la ventura y la gloria de vuestra reina, aceptando lo que ella os desea y os prepara en lo íntimo de su maternal corazón. La acrisolada lealtad del que va a dirigir mis consejos, el ardiente patriotismo que ha manifestado en tantas ocasiones, pondrá sus sentimientos en consonancia con los míos. Dado en Palacio a 26 de julio de 1854. Yo la Reina. El ministro interino de la guerra. Evaristo San Miguel»⁴⁴. El manifiesto había sido retocado en el estilo por el poeta Rafael María Balart, que supo llegar a la fibra sentimental de las masas progresistas, dispuestas siempre a sentirse defensoras de la reina de la libertad y tantas veces desairadas por ella.

El motín iba a terminar en fiesta, casi en verbena madrileña. Cuando se conoció el nombramiento de Espartero, las barricadas se engalanaron con banderas, colgaduras y flores, y la devoción patriótica ins-

⁴⁴ LAFUENTE-VALERA: *Op. cit.*, pp. 189-190.

taló en ellas pequeños altarcitos con los retratos de Espartero, San Miguel y los otros generales de Vicálvaro, en los que las gentes del pueblo tenían puestas sus esperanzas y aguardaban los milagros que aliviasen sus males. Sencillo pueblo madrileño que viene alimentándose de ilusiones desde hace siglos.

No podía faltar en la abundante retórica que acompañó al Pronunciamiento de Vicálvaro el agradecimiento emocionado a este pueblo que con su resistencia había hecho posible el triunfo. La Junta de Salvación de la capital se despedía de esta manera de los valientes madrileños: «Madrileños: El desasosiego de los ánimos, la desconfianza tan natural en este estado de agitación, tocan ya a su término (...). Muy pronto veréis en el seno de la capital al ilustre caudillo que va a encargarse de las riendas del Estado. Muy pronto veréis inaugurado un sistema de gobierno, que a los más amantes de la libertad deje cumplidamente satisfechos. Faltan palabras a la junta para manifestar debidamente el gozo que en sus corazones rebosa al contemplar el espectáculo que esta capital ofrece: imagen ayer de un mar agitado por la más terrible tempestad, hoy con tantos síntomas de tornarse en manso y apacible. Ciudadanos armados: fuisteis bravos y arrojados; corristeis el peligro cuando visteis vuestra libertad amenazada; peleasteis como buenos; vencisteis como soldados intrépidos, a quienes la muerte no arredra; y por premio de tanta fatiga y heroísmo veis llegado el día de asegurar vuestros derechos de un modo firme y estable, que no dé lugar a falsas interpretaciones. Madrileños todos: gracias por vuestro comportamiento en estos días azarosos. La junta enorgullecida por el puesto de honor y de peligro que en ellos ha ocupado, os las tributa de lo íntimo de sus corazones. ¡Vivan la Patria, la Nación, la libertad! ¡Viva Isabel II, Reina Constitucional de las Españas! ¡Viva el ilustre duque de la Victoria, que a los insignes servicios prestados a su país en todos tiempos va a añadir el de restablecer en el pueblo español la tranquilidad y la confianza! Madrid, 25 de julio de 1854.—Evaristo San Miguel, Presidente.—Siguen las firmas de los veinte y ocho vocales más⁴⁵».

Concluían unas duras jornadas que habían llenado de sangre las calles. Madrid desde entonces sólo se abriría para recibir con jolgorio a los triunfadores que sucesivamente fueran ocupando el poder en la segunda mitad del siglo XIX y primera década del XX, hasta un noviembre de 1936 en que de nuevo se rodeará de trincheras y barricadas, haciendo que su nombre recorriese el mundo con sorpresa y admiración.

⁴⁵ BARÓN DE INÉS: *Op. cit.*, p. 31.